

LA VOCACION

Lo primero que la *Biblia* nos cuenta de Abraham es su vocación: un hecho esencialmente místico y milagroso, que se nos presenta como fundamento y principio de toda la historia del pueblo de Israel. Era un descendiente de Sem, que vivía en Ur, una de las más viejas ciudades situadas cerca de la desembocadura del Eúfrates, cuyas ruinas multimilenarias han puesto al descubierto las excavaciones modernas. Habiendo muerto su hermano mayor Harán, él, hombre de iniciativas, resolvió dejar aquellas tierras bajas, donde predominaba la civilización idolátrica de los sumerios, inoculada a los caldeos de Babel, y contagió con su mismo humor peregrinante a su padre Terah y a toda su familia. Remontando el curso del Eúfrates, los terahitas caminaron hacia el Noroeste, pasaron por Babel y después de recorrer más de 1.000 kilómetros, llegaron a Harán, más tarde Harrán y posteriormente Carraf, con intento de fijar allí su residencia. Para comprender este viaje debemos recordar que los grupos caldeos de Ur eran afines etnológicamente a los arameos agrupados en torno a Harán, ya que las dos ciudades rendían culto al dios lunar Sin, y hasta es posible que Harán, que quiere decir camino, fuese una fundación de Ur para asegurar el tránsito de las tierras de Mesopotamia a los países del Mediterráneo. No olvidemos tampoco que el primogénito de Terah llevaba ese mismo nombre de Harán. Por lo demás, en aquel tiempo, es decir, hacia el año 2000, antes de Cristo, las ciudades de Caldea fueron el escenario de terribles guerras, a las cuales puso fin Hammurabi (1955-1913), el autor famoso del código que lleva su nombre. Esto pudo ser la causa determinante de aquella emigración.

Sin embargo, para Abraham no era aquello más que un alto en el camino.

La voz de Dios le había hablado diciendo: «Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré. Y yo te haré cabeza de una nación grande y bendeciré he y ensalzaré tu nombre y serás bendito. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las naciones de la tierra».

Era necesario romper todos los lazos. Abraham no podía entregarse plenamente a Dios, al culto del Dios único, mientras no rompiese con los suyos. Según parece, los terahitas eran también idólatras. Poco después uno de ellos llevará el nombre de Laban, que recuerda el hebreo *lebhanah*, epíteto de la luna, y una nieta de Terah, cuando tenga que dejar su casa para formar un hogar, llevará en su equipaje las imágenes de sus dioses. Isaías dirá más tarde que Abraham fué redimido por Dios de la servidumbre idolátrica, y el libro de Judit nos conservará una antigua tradición, según la cual dejó su tierra por no someterse a los dioses caldeos ni seguir las costumbres de sus padres.

DE UR A SIQUEM

«Tomó, pues, Abraham a su mujer Sara, y a Lot, su sobrino, con todos los bienes que poseía y las almas, es decir, los siervos que había adquirido en Harán», y pasando el Eúfrates, se dirigió hacia el Sur, recorrió unos 300 kilómetros más y se detuvo en la población cananea de Siquem, donde el Señor se le apareció de nuevo y le dijo: «Esta tierra se la daré a tu descendencia». En la epístola a los hebreos, San Pablo juzga así la conducta de Abraham: «Por la fe obedeció Abraham a Dios, partiendo al país que debió recibir en herencia, y se puso en camino, ignorando adónde iba. Por la fe habitó en la tierra que se le había prometido, como en tierra extra-